

# La Sociedad Coral y la Orquesta Sinfónica de Bilbao. Orígenes y evolución

*Dra. María Nagore*

Universidad de Valladolid

Tanto la Sociedad Coral como la Orquesta Sinfónica representan la culminación de una serie de tentativas llevadas a cabo para dotar a la Villa de Bilbao de los elementos necesarios para difundir la música europea y fomentar la interpretación y la creación musical. La Coral, creada en 1886, se va a convertir en un modelo de orfeón dedicado a esta tarea. Esta dedicación la compartirá, también, la Orquesta Sinfónica a partir de su fundación en 1922.

Elkarte Korala eta Orkestra Sinfonikoa hainbat ekimenen emaitza dira Bilbok Europako musika zabaltzeko eta musika sormena eta interpretazioa bultzatzeko beharrezko baliabideak izan zitzaizkion: Korala, 1886an sortua, eginkizun horretan diharduen orfeoi-eredu bilakatu da; Eginkizun hau Orkestra Sinfonikoak ere bere gain hartu zuen 1922an sortu zenez geroztik.

Both the Choral Society and the Symphony Orchestra represented the culmination of a series of attempts to provide the Township of Bilbao with those elements needed for diffusing European music and to foment musical interpretation and creation. The Choral Society, created in 1886, was to become a model society dedicated to this task. This commitment was also shared by the Symphony Orchestra after its foundation in 1922.

No es tarea fácil abordar en pocas líneas el origen y la evolución de dos instituciones como la Sociedad Coral y la Orquesta Sinfónica de Bilbao, que cuentan con una rica e importante historia. Más aún cuando resulta difícil separarlas de otras realidades que han tenido mucho que ver en su trayectoria y que se salen del marco de esta ponencia. Esta es la razón de que comience advirtiendo que voy a intentar trazar únicamente unas líneas generales que nos acerquen al momento histórico en el que surgen estas entidades.

Tanto la Coral como la Sinfónica nacen en una de las épocas de mayor iniciativa y actividad musical de la historia de Bilbao. Me refiero a las últimas décadas del siglo XIX (años 80-90) y las primeras del XX: época de la Restauración, del “noventa y ocho” en sentido amplio, momento histórico de crisis pero también de regeneracionismo, europeización, modernización, progreso. Bilbao crece al ritmo de ese progreso: se dinamizan la banca, la minería, la siderurgia, la construcción naval, el comercio exterior; el aumento de población propicia la expansión urbanística al otro lado de la Ría. Pero la burguesía bilbaina sabe invertir también en cultura.

Juan Carlos Gortázar, esa gran figura de la vida bilbaina que impulsó la fundación de la Sociedad Coral, la Filarmónica, el Conservatorio, la Sinfónica y la Revista Musical, entre otras cosas, escribió que “los bilbainos, al pasar el río, se dejaron su espíritu en el río”<sup>1</sup>. Recuerda con cierta dosis de romanticismo nostálgico aquella época de mediados de siglo en la que los hombres de negocios sabían compaginar el trabajo con el ocio formando parte de cuartetos, orquestas y coros de aficionados. Pero lo cierto es que él mismo protagoniza, con su esfuerzo y el de otros (especialmente con el grupo que surge en torno al “Cuartito” en los años noventa<sup>2</sup>) una de las épocas más florecientes de la cultura bilbaina. Y en ella ocupa un lugar importante la música. De hecho, una gran parte de las actuales instituciones musicales bilbainas tienen su origen durante esos años.

Sin embargo, a pesar de la abundante literatura que esa época ha generado y de la realización de recientes estudios sobre algunos temas -es el caso de Juan Crisóstomo de Arriaga, la ópera vasca, la música coral, la Orquesta Sinfónica o

---

<sup>1</sup> J.C. Gortázar: *Bilbao a mediados del siglo XIX según un epistolario de la época*. Bilbao, col. El Cofre del Bilbaino, 1966.

<sup>2</sup> El Cuartito tuvo su origen en la sociedad El Escritorio, más conocida como *Kurding Club*, de la que formaban parte unos treinta amigos pertenecientes al mundo financiero y artístico de Bilbao. Entre ellos había pintores como Losada, Guinea o Regoyos, músicos como José Sainz Basabe y bastantes aficionados que cultivaban la música, como Juan Carlos Gortázar o Javier Arisqueta, que organizaban sesiones musicales y acabaron alquilando un cuarto interior, en el mismo edificio, para hacer música. Su importancia radica en que allí se gestó prácticamente todo el movimiento musical de Bilbao de los últimos años del siglo XIX y parte del XX, gracias a la iniciativa y empuje de sus componentes, de manera especial de los tres a los que Mathieu Crickboom llamó los “apóstoles de la música” en Bilbao: Juan Carlos Gortázar, Javier Arisqueta y Lope Alaña.

la Filarmónica-, debemos advertir que estamos aún lejos de conocer a fondo la intensa actividad musical de esos años. Son necesarios todavía trabajos de investigación metodológicamente rigurosos -y que eviten caer en algunos tópicos procedentes de la abundante literatura “costumbrista” que domina la época- centrados en aspectos muy diversos: sociedades, coros, orquestas, bandas de música, vida teatral, música en los cafés, en los cinematógrafos, creación musical, estudios centrados en figuras concretas, crítica y prensa musical, música popular...

### La Sociedad Coral de Bilbao

Con objeto de contextualizar los orígenes de la Coral hay que recordar que las primeras sociedades corales europeas surgen a finales del siglo XVIII o principios del XIX, y que en España nacen en la década de 1850, con especial importancia en Cataluña. En Bilbao encontramos ya un primer coro al estilo europeo -es decir, de carácter profano y a voces solas- en 1855; sus miembros son jóvenes bilbainos que habían pertenecido a la Sociedad Filarmónica desaparecida ese mismo año y que ocupan sus ratos de ocio cantando. En 1862 se crea otro orfeón similar, dirigido por Eduardo Achútegui, al que suceden el Orfeón de Obreros y el Santa Cecilia (1869), dirigidos por José Calvo y Enrique Diego. Estos últimos, a tono con el espíritu de la época, añaden la finalidad social a la artística: sus componentes son obreros y artesanos<sup>3</sup>. Pero estas agrupaciones tienen corta vida; habrá que esperar hasta 1886 para encontrar el primer orfeón estable: la Sociedad Coral de Bilbao.

Aunque la Sociedad Coral fue constituida en 1886, había sido precedida por otras agrupaciones corales informales. Una de ellas era un coro de jóvenes aficionados que se reunían en casa de Juan Carlos Gortázar y preparaban misas cantadas. Habitualmente dirigía Cleto Alaña<sup>4</sup>, a veces Enrique Diego o Aureliano Valle. Las referencias de prensa muestran que fueron frecuentes sus actuaciones en el convento que los PP. Carmelitas tenían en Begoña, además de participar en funciones religiosas celebradas en otras localidades de la provincia: Arrigorriaga, Portugaleta, Basurto, Sondica, Olaveaga...

Además de este grupo, que no constituía propiamente un orfeón, Cleto Alaña forma en abril de 1884 un pequeño coro a voces solas que cantaba por las noches en el Arenal o en algunos jardines de la villa interpretando obras de Kücken, Mendelssohn y otros autores.

---

<sup>3</sup> Cfr. María Nagore: “Orígenes del movimiento coral en Bilbao en el siglo XIX”, *Revista de Musicología*. XIV, nº 1-2, Madrid, 1991, pp. 125-134.

<sup>4</sup> Cleto Alaña Landa era primo de Lope Alaña; había sido discípulo de Federico García, y tocaba el violín en la orquesta del Teatro y en la Sociedad de Cuartetos.

Al anunciarse en junio de 1886 la celebración -un mes más tarde- de un concurso de orfeones durante las fiestas euskaras de Durango, Alaña decide formar una masa coral reuniendo orfeonistas de estos coros y de los anteriores; así nace el Orfeón Bilbaino, formado por unos ochenta orfeonistas. Uno de los Boletines Informativos de la Sociedad Coral publicados en 1909 con motivo de sus fiestas jubilares, rememorando los orígenes del orfeón, afirma que éste se formó con orfeonistas procedentes de los antiguos coros dirigidos por Achútegui, Calvo y Diego y Alaña. Se pone al frente Cleto Zavala, joven compositor bilbaino que acababa de terminar sus estudios musicales en Italia. El Orfeón Bilbaino queda constituido el 22 de junio en los locales del Centro Artístico (calle de la Merced esquina con la Ribera); el 25 de julio acude al concurso de Durango obteniendo el primer premio. Cuatro días más tarde tiene lugar una reunión en la que, entre otros puntos, se aprueba la “conveniencia de que el Orfeón Bilbaino se constituya en sociedad”. Inmediatamente se redacta el reglamento y el 3 de agosto se transforma en Sociedad Coral de Bilbao, poniéndose al frente como presidente Julio Lazurtegui.

Estos datos nos llevan a establecer conclusiones interesantes. Por una parte, la Sociedad Coral de Bilbao es heredera directa del movimiento coral de mediados del siglo XIX ya que muchos de sus miembros, jóvenes aficionados de clase alta, obreros y artesanos, procedían de los orfeones anteriores. Por otra parte, los organizadores de este orfeón son los mismos que protagonizan la vida musical bilbaina de la misma época: encontramos los mismos nombres -Gortázar, Achútegui, Alaña, Diego, etc.- en la la Sociedad de Cuartetos (1884), el Cuartito, la Sociedad Filarmónica (1896), etc.

Uno de los objetivos que presidieron las actividades de la Sociedad Coral desde su fundación fue la de formar una masa coral de gran calidad artística a imitación de las grandes sociedades europeas, y capaz de competir con ellas. En un primer momento, bajo la dirección de Cleto Zavala, esto se consigue por medio de los certámenes orfeonísticos. En este sentido Zavala supo colocar al orfeón a una altura considerable por sus repetidos triunfos en competiciones y concursos, aunque orientada “hacia afuera”. Esta orientación proporciona a la Coral un papel de gran protagonismo en la vida bilbaina, convirtiéndose pronto en la institución más popular de la Villa. La vocación competitiva con la que nace convierte a la Sociedad en una representación de Bilbao, proporcionándole gloria y prestigio con sus triunfos. Este papel de representatividad se manifiesta no sólo en los apoteósicos recibimientos al orfeón cuando vuelve triunfante, sino sobre todo en el apoyo del “todo Bilbao” al orfeón -entre sus socios encontramos representantes de las más variadas tendencias políticas, autoridades, miembros de la aristocracia y de la burguesía financiera y mercantil, artistas, pequeños comerciantes...- y la ayuda constante de las instituciones públicas.

En 1889 se pone al frente del orfeón Aureliano Valle, figura venerada en Bilbao, que en pocos años consigue elevar de forma considerable su calidad

artística. Aunque hasta 1905 la Coral mantiene su afición a los certámenes con los consiguientes premios y laureles, el maestro Valle se propone acometer el estudio de grandes obras corales y sinfónico-corales abandonando los concursos. En 1893 crea un coro de niños y una orquesta -formada por socios aficionados- que pudiera acompañar a la Coral en las obras para coro y orquesta<sup>5</sup>. En 1906 consigue, después de no pocos obstáculos, convertir el orfeón en coro mixto. Impulsa además la creación y difusión de obras de teatro lírico vasco organizando con la Coral varias temporadas de ópera vasca a partir de 1909.

Esta “reorientación” era interpretada de forma muy significativa por la Coral en 1909, cuando con motivo de sus fiestas jubilares revisaba su trayectoria:

Encierra ese pasado el producto de esfuerzos e iniciativas, encaminadas, como exclusivo punto de mira, a la consecución de una elevada finalidad, cual es la instauración, en Bilbao, del arte musical. Decimos instauración porque reconociendo, desde luego, que nunca faltaron, en nuestro pueblo, laudables y muy apreciables precedentes artísticos y que, en todo tiempo, arraigó aquí el culto de la música, concretáronse, sin embargo, las prácticas en esto, a limitadas esferas de las clases elevadas o al recreo privado de unos cuantos buenos aficionados, siéndoles necesarias, para un implantamiento definitivo, el fomento en la masa popular, la divulgación y generalización conveniente.

(...) Y así, difundiendo en un principio un arte vulgar e imperfecto, pero laborando, siempre, por un mayor avance, ha llegado, insensiblemente, a la conquista del gran arte, bajo su forma más completa y avasalladora, en esas colosales obras corales-sinfónicas que los grandes genios nos legaron.

Y la influencia de la Sociedad Coral en el resurgimiento del arte, alcanza asimismo a Vizcaya y al país vasco en general, pues nadie podrá negar que el ejemplo de sus bienandanzas en los torneos musicales, ha influido, poderosamente, para que en las capitales de las provincias hermanas y en sus pueblos, así como en los nuestros, despertárase la afición al canto coral y se crearan meritísimas agrupaciones, que tan admirablemente lo vienen practicando<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> La orquesta desarrolla sus actividades desde 1894 hasta 1897, desapareciendo después. Los nombres de los componentes nos resultan conocidos por encontrarlos después en las actividades del *Cuartito*, la Filarmónica o la Orquesta Sinfónica.

<sup>6</sup> *Sociedad Coral de Bilbao. Fiestas Jubilares. Boletín Informador* nº 1, Bilbao, 20 de marzo de 1909, pp. 3-4.

Queremos resaltar, en esta larga cita, el paso de la idea de “instauración en Bilbao del arte musical” a la conciencia de la “conquista del gran arte” y la “influencia de la Sociedad Coral en el resurgimiento del arte” en Vizcaya y el País Vasco en general. Acorde con esta conciencia de primacía en el arte coral está la idea de la creación en 1908 de la Federación Coral de Vizcaya, constituida el 6 de septiembre de 1908 en el domicilio de la Sociedad Coral de Bilbao<sup>7</sup>. Más significativo resulta aún el esfuerzo de la Coral por instaurar la ópera vasca. La Memoria de 1911 señala como uno de sus nuevos fines el “resurgimiento de la música vasca”.

En 1912 el maestro Valle cede su puesto a Jesús Guridi, que continúa la misma línea de actuación. Guridi asume la dirección pocos años después de haber terminado su formación musical en la Schola Cantorum de París, que marcaría su estilo decisivamente<sup>8</sup>. No creemos que sea aleatoria la irrupción de la escuela romántica francesa -César Franck sobre todo- durante estos años en la vida musical de Bilbao. A la influencia de la música francesa se une el del incipiente nacionalismo musical vasco, en el que se puede encuadrar la mayor parte de la obra de Guridi: las obras de teatro lírico vasco y las canciones populares vascas armonizadas para coro dominan su época de dirección de la Coral.

A pesar de este progreso, a partir de la década de 1920 comienzan momentos malos para la Coral, debidos tanto a las difíciles circunstancias políticas como a la coyuntura socio-cultural. La aparición de nuevas distracciones como el “cinematógrafo”, los espectáculos de variedades o la afición a los deportes, contribuyeron a que fuera decayendo el interés por el canto coral. Por otro lado, los enfrentamientos y partidismos políticos de esos años enrarecían también las relaciones sociales, que se veían afectadas -a veces de forma desmedida- por la agitación de ánimos reinante. El intento de nombrar presidente honorario de la sociedad a Alfonso XIII en 1923 provocaría el abandono del cargo de presidente de Emiliano de Uruñuela y la deserción de un grupo de orfeonistas que fundaría en 1926 la Schola Cantorum Santa Cecilia.

A estos factores hay que añadir la creciente dedicación de Guridi a la composición y sus frecuentes viajes a Madrid para estrenar obras, que le van restando tiempo de dedicación a la Coral. Todo esto provocaría su dimisión como director en 1929, conservando el nombramiento de director honorario. El subdirector Arturo Inchausti se encargaría interinamente de la dirección durante los años siguientes, exceptuando el breve paso de Jesús Arámbarri como director artístico en 1933.

---

<sup>7</sup> Asistieron a esta reunión los orfeones de Deusto, Portugalete, Baracaldo, Arrigorriaga, Munguía, Guernica, Bermeo y Durango, y se designó un comité para redactar las bases, presidido por el Presidente de la Sociedad Coral de Bilbao

<sup>8</sup> Usandizaga y Azkue recibieron también su formación musical en la Schola Cantorum.

La Coral, que vio truncada su historia por los acontecimientos bélicos, no conocería un renacimiento hasta bastantes años después de pasada la guerra civil.

La etapa más interesante de la Sociedad Coral de Bilbao desde el punto de vista artístico corresponde a los años finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX. Podemos relacionar la orientación del orfeón durante esta época con el cambio que se opera a principios de este siglo en la música europea. Tres referencias marcan la formación del gusto coral en esta nueva etapa: la polifonía *a capella* de los maestros del Renacimiento, la música sinfónico-coral y la música popular armonizada para voces mixtas. Estas tendencias están directamente relacionadas con tres nuevas realidades: la reforma de la música sacra impulsada sobre todo por Pío X, que fomenta el cultivo del canto gregoriano y la revalorización de la polifonía renacentista; el auge de la música sinfónica, favorecida por la creación de orquestas y sociedades filarmónicas; y la revalorización de la música folclórica en el XIX, relacionada con el surgimiento de los nacionalismos.

En el ámbito de la música religiosa hay que destacar la importancia de la Sociedad Coral de Bilbao en el movimiento de renovación de la música sacra, potenciado especialmente por Aureliano Valle. Los organizadores del primer congreso internacional de Música Sacra, celebrado en Bilbao en 1896 con asistencia de personalidades francesas, italianas y españolas, encomiendan la parte musical a la Coral, una de las primeras agrupaciones que incluyó en su repertorio obras gregorianas y renacentistas prácticamente desconocidas para el público<sup>9</sup>. Otro momento importante sería la participación de la Coral en el IV Congreso Nacional de Música Sagrada celebrado en Vitoria en 1928, esta vez junto con otra agrupación bilbaína creada en 1926 por Víctor Zubizarreta: la Schola Cantorum Santa Cecilia.

En lo que respecta a la música popular vasca, que es el capítulo más importante de la actividad del orfeón en esta etapa -por lo menos desde el punto de vista numérico- la labor artística de la Coral se encuadra en la estética del denominado primer nacionalismo, con el cultivo de la canción popular armonizada y los intentos de creación de la ópera vasca, especialmente durante los años 1909-1920<sup>10</sup>. La interpretación de canciones populares experimenta un impulso

<sup>9</sup> Cfr. María Nagore Ferrer: "Una aportación al estudio de la reforma de la música religiosa en España: el "Congreso Internacional de Música Sacra" (Bilbao, 1896)", en *Revista de Musicología* XX, nº 1, 1997.

<sup>10</sup> En la temporada de 1909 se inicia lo que la misma Sociedad Coral llamó la "serie de nuestras Representaciones líricas y audiciones de música vasca". En ellas, a lo largo de tres temporadas, se estrenan *Maitena* (libreto de Decrept y música de Colin); *Mendi-Mendiyan* (Power-Usandizaga); *Lide ta Ixidor* (Santos de Inchausti); *Mirentxu* (Echave-Guridi); e *Itsasora*, primer acto de la ópera *Ortzuri* de Azkue. En 1914 estrenaría *Deboika* (Power-Martínez Larrazabal) y en 1920 *Amaya* de Echave y Guridi.

gracias a las primeras recopilaciones editadas<sup>11</sup>, que van siendo armonizadas por músicos como Valle, Guridi, Azkue, el P. Donostia, Otaño, etc.

La orientación sinfónico-coral está marcada por la personalidad de Valle y sobre todo de Guridi, que conduce al orfeón a adoptar la escuela francesa - César Franck sobre todo- a la que se unen el sinfonismo germánico y los nacionalismos europeos. A partir de la creación del coro mixto la Coral comienza a colaborar con orquestas nacionales, como la Sinfónica de Madrid dirigida por Arbós; la Sinfónica de Barcelona bajo la batuta de Lamote de Grignon; la Orquesta Filarmónica de Madrid dirigida por Pérez Casas; la Orquesta del Liceo de Barcelona y la del Teatro Real de Madrid.

Pero esta orientación hacia la música sinfónico-coral no hubiera sido posible sin el progreso que había supuesto la organización de orquestas sinfónicas en Bilbao, con las que actuó en muchas ocasiones. Entre ellas destaca la actual Orquesta Sinfónica de Bilbao, creada en 1922.

### **La Orquesta Sinfónica de Bilbao**

Como en el caso de la Coral, podemos afirmar que la Sinfónica es la culminación de un largo proceso de maduración que tiene lugar en la vida musical de Bilbao desde mediados del siglo XIX, y de forma especial desde la década de 1880.

La organización de sociedades musicales o de conciertos había comenzado en Bilbao en fechas relativamente tempranas como fruto de la iniciativa privada<sup>12</sup>. La primera Sociedad Filarmónica establemente organizada, de 1852, había formado su propia orquesta -de 45-50 profesores- para los conciertos. Pero en aquellos momentos era todavía difícil poder reunir una orquesta suficiente: los músicos eran los mismos que integraban la orquesta del teatro, única agrupación estable que existía en Bilbao, con el refuerzo de profesores de la capilla de música de Santiago y aficionados. No hubiera sido posible formar una orquesta entera diferente de la del teatro, ya que en Bilbao no existían profesionales suficientes ni siquiera para completar esta última: para las temporadas de ópera o zarzuela era necesario contratar a profesores de otras localidades para reforzarla, e incluso así la prensa local exponía quejas año tras año por la deficiencia de la orquesta, casi nunca completa. Las causas de esta situación eran varias: la profesión de músico estaba muy mal pagada, por lo que había pocas personas que se dedicaran a ella; y además las academias donde hubie-

---

<sup>11</sup> La mayor parte de las canciones vascas que cantaban los orfeones a finales del siglo XIX habían sido recogidas y armonizadas por Santesteban en su cancionero, editado en 1862, ya que hasta 1899 no saldría a la luz la primera colección de cantos vizcaínos, recopilada por Ercilla, y habría que esperar hasta 1912 para que Azkue y el Padre Donostia terminaran sus colecciones.

<sup>12</sup> Hemos desarrollado este tema en el artículo "Sociedades filarmónicas y de conciertos en el Bilbao del siglo XIX", en *Cuadernos de arte* nº 26, Universidad de Granada, 1995.

ran podido formarse más músicos o perfeccionarse los existentes surgieron tardíamente.

Desde mediados de los años setenta, tras la recesión producida por la Revolución de 1868 y la segunda guerra carlista, la vida musical de Bilbao da un gran paso adelante coincidiendo con la época de mayor dinamismo y expansión económica de la villa. En este contexto nace una institución de gran importancia desde el punto de vista musical: la Sociedad de Socorros Mutuos Santa Cecilia, fundada hacia 1880, de la que formaban parte músicos profesionales y aficionados (prácticamente todos los músicos activos de la villa). Los conciertos, que tenían lugar en el salón de actos del Instituto Vizcaino, muestran un gran avance en cuanto al repertorio: abundan las obras de Mozart, Haydn, Beethoven, Mendelssohn, Schubert y Schumann, junto a otras de Weber, Hummel, Chopin y Ledesma, e incluso (en 1883) de compositores contemporáneos como Saint-Saëns y Grieg.

Tras la disolución de la Sociedad de Conciertos Santa Cecilia, la iniciativa privada comienza a contratar a solistas y orquestas relevantes, como Sarasate, el dúo formado por Enrique Fernández Arbós (violín) y José Tragó (piano), el gran pianista Francis Planté o agrupaciones como la orquesta de la Sociedad de Conciertos de Madrid. Gran parte de estas actividades fueron posibles gracias a la iniciativa de los componentes del "Cuartito", que acaban creando en 1896 la Sociedad Filarmónica de Bilbao, la primera Filarmónica de corte moderno de la Península.

En concreto, la génesis de las formaciones que podemos considerar antecedentes de la Orquesta Sinfónica de Bilbao está íntimamente ligada a la Sociedad Filarmónica. Uno de sus fines era estimular a los artistas locales, y de hecho en su programación nunca faltaron, durante estos años, los conciertos sinfónicos. Para estos conciertos, dos o tres por temporada, se contrataba a una orquesta formada por los músicos de los teatros de la villa, reforzada por aficionados y por músicos de la Banda Municipal. Alternaban en la dirección José Sainz Basabe y Aureliano Valle.

Sin embargo, la contratación de profesores era un problema para la Filarmónica: para cada concierto sinfónico debía formar una orquesta con músicos que actuaban con regularidad en el Teatro Arriaga y en el Teatro de los Campos Elíseos. Estos conciertos sólo podían verificarse en cuaresma, durante el cierre del teatro, única época en la que los músicos estaban libres. Esto hizo surgir el proyecto de la creación de una orquesta independiente. En realidad, ya desde 1900 había cuajado la idea de formar en Bilbao una Sociedad de Conciertos, y se habían pedido los reglamentos por los que se regían las de Madrid y otras capitales. Esta orquesta, además, podría poner al alcance de todo el mundo la música sinfónica, ya que los conciertos de la Filarmónica eran restringidos.

En 1903, de acuerdo con su línea de actuación, la Sociedad Filarmónica crea la Academia Vizcaina de Música, antecedente del Conservatorio, con la finali-

dad de formar un buen elenco de instrumentistas, sobre todo de cuerda (ya que los profesores de la Banda Municipal de Bilbao, creada en 1895, daban clases de instrumentos de viento) y presenta un proyecto para la formación de una Asociación de Instrumentistas, que podía constituirse con el nombre de Sociedad de Conciertos de Bilbao, formada por profesores de las orquestas del Teatro Arriaga y de los Campos Elíseos, y con la cual contrataría la Filarmónica en lugar de hacerlo individualmente. En junio de 1904 finalizan los ejercicios de oposición y se constituye la Sociedad. La orquesta, dirigida por José Sainz Basabe, cubrió los conciertos sinfónicos de la Filarmónica durante etapa de 1904-1907 (casi todos ellos en época de Cuaresma). Sus actuaciones públicas, sin embargo, fueron muy escasas, contribuyendo quizás a ello la dificultad de los músicos para abandonar otros trabajos y las disensiones y críticas que surgieron pronto. La Sociedad, inevitablemente, acabó desapareciendo. El último concierto en el que actuó fue el organizado por Jesús Guridi el 9 de octubre de 1907 para dar a conocer sus composiciones, en el que la orquesta estrenó dos obras: *Impresiones*, *Pequeñas piezas para orquesta* y la *Elegía para violín y orquesta* con el violinista Blanco Recio.

En 1910 se constituye una nueva Sociedad de Conciertos, que es en realidad una reorganización de la anterior, compuesta por unos 60 profesores dirigidos nuevamente por José Sainz Basabe. La orquesta se presenta al público en el Teatro de los Campos Elíseos el sábado 6 de mayo de 1911. A pesar del propósito de dejar a un lado esta vez “egoísmos y diferencias”, éstas llegaron antes de lo previsto, parece que motivadas por una decisión tomada en octubre de 1911 por la Junta General de la Sociedad de Conciertos: se establecía que todos los miembros de la Sociedad debían pertenecer estatutariamente a la Asociación Musical, agrupación presidida por José María Soler, que funcionaba como un sindicato profesional que procuraba ayudar a los músicos sin trabajo fijo. A partir de este momento pasa a denominarse Orquesta de la Asociación Musical de Bilbao, y su actividad se reduce a actuaciones esporádicas hasta 1921. Desde el punto de vista artístico hay que destacar durante estos años los estrenos en Bilbao de *Redemption* y *Rebecca*, de César Franck, junto con la Sociedad Coral de Bilbao en 1912; este mismo año la obra para soprano y orquesta de Guridi *Saison de semailles* con la soprano Carmen Flores, y en 1915 la impresión sinfónica de Rogelio Villar *Las bilanderas* y el poema sinfónico *Amor dormido*, de Andrés Isasi.

La creación de una orquesta profesional estable que pudiera desarrollar una actividad sinfónica con continuidad se consigue en 1922, con la llegada del compositor y director de orquesta belga Armand Marsick a la dirección del Conservatorio Vizcaino de Música, fundado dos años antes. Marsick plantea la constitución de la Orquesta Sinfónica “agrupando los elementos profesionales músicos diseminados por los diferentes espectáculos de la villa” (Memoria del año 1922). Es ayudado en su proyecto por el presidente de la Asociación Musical, José María Soler, y los rectores de la vida musical bilbaina del momen-

to y socios de la Filarmónica Juan Carlos Gortázar, Javier Arisqueta y Lope Alaña.

La orquesta se presenta al público el 8 de marzo de 1922 en el Teatro Arriaga de Bilbao. Estaba constituida en el momento de su presentación por unos 65 músicos, actuando como violín concertino Sixto Osorio. Éste era el primer alumno que había terminado su carrera en la Academia Vizcaina de Música, en 1909, obteniendo el primer premio; y en 1920 había sido nombrado profesor de violín en el recién creado Conservatorio Vizcaino de Música. La Orquesta Sinfónica es en realidad una nueva reorganización de las dos anteriores, con la diferencia del cambio de dirección y la adición de nuevos profesores, entre ellos unos cuantos jóvenes con la carrera recién terminada en la Academia Vizcaina de Música y el Conservatorio.

Marsick dirige la orquesta hasta 1927. Durante los años siguientes es Wladimir Golschmann quien toma la batuta, aunque de forma intermitente, alternando con otros directores contratados como Alfredo Larrocha, Enrique Fernández Arbós, Pablo Sorozábal, Pedro de Freitas Branco, Bartolomé Pérez Casas, Heinrich Laber, Víctor Zubizarreta o Ernesto Halffter. En diciembre de 1932 Jesús Arámbarri es nombrado director en propiedad de la Sinfónica, además de ganar por oposición la plaza de director de la Banda Municipal de Bilbao. En 1939 la Sinfónica se reorganizaría tomando el nombre de Orquesta Municipal de Bilbao.

La Sinfónica comienza su andadura de forma brillante y con un aceptable apoyo social: 199 socios protectores, que habían aumentado a 239 al acabar el año 1922. La labor artística que desarrolla en Bilbao a partir de este momento va a ser de gran importancia. Y sin embargo comprobamos que está acompañada desde el primer momento por las dificultades económicas, dificultades que pusieron en más de una ocasión a la sociedad en la tesitura de disolverse.

Las razones son varias. Los medios de sostenimiento principales de la sociedad eran los donativos y cuotas de los socios protectores y los conciertos públicos, que no respondían la mayor parte de las veces a las expectativas de la Orquesta. Esta es la razón de que una de las primeras medidas de la Junta Directiva fuera solicitar subvenciones a las Corporaciones Municipal y Provincial. Éstas responden otorgando subvenciones anuales a la Sinfónica, así como lo haría la Junta Nacional de Música en los años de la República, aunque de forma insuficiente para enjugar los déficits. Seguimos comprobando el constante apoyo de las entidades públicas a las instituciones musicales bilbainas; lo habíamos visto en el caso de la Coral, pero también había ocurrido con la capilla de música de la Basílica de Santiago, las bandas de música o las academias de enseñanza musical. Frente a este hecho, tendríamos que preguntarnos por la tan celebrada afición musical de los bilbainos. Las quejas por la escasez de público en los conciertos son continuas. En 1924, tras un concierto celebrado el 5 de diciembre en el Teatro de los Campos Elíseos al que el público no respon-

dió, un crítico se preguntaba: “¿A qué se debe esto? Difícil de contestar a la pregunta. ¿Es falta de afición? ¿Es desafecto a la Orquesta? ¿Es que los precios son elevados?”. La contestación no es fácil. Probablemente influyen múltiples factores: los difíciles años anteriores al 36, la preferencia del público por otros espectáculos... A pesar del gran apoyo de la Sociedad Filarmónica a la orquesta - desde el primer momento acoge a la nueva agrupación orquestal bajo sus auspicios contratándola para varios conciertos, además de cederle gratuitamente parte del material de orquesta y su sala para ensayos y conciertos- muchos socios de esta entidad que disfrutaban de 15-20 conciertos anuales con una amplia presencia de virtuosos internacionales no respondían a los conciertos de la Sinfónica, de calidad inferior, a pesar de los llamamientos de su Directiva. Los datos son expresivos: en 1922 los socios de la Filarmónica son 954, frente a los 239 de la Sinfónica (muchos de ellos los mismos); en la mejor época de la Orquesta la diferencia es de 1.000 (el número máximo admitido por las dimensiones del local de la Filarmónica) a 560; y en 1934 (también en estos momentos la crisis afecta la Filarmónica) 784 frente a los 368 de la Sinfónica.

A esto se añadía un agravante: las precarias condiciones de los músicos, que para mantenerse -como los ingresos procedentes de los conciertos eran muy escasos y a veces nulos- debían estar sometidos a una situación de pluriempleo. Muchos profesores de la orquesta integraban a su vez las orquestas de los teatros, la Banda Municipal y/o actuaban en cafés, salones y cines formando agrupaciones de cámara, sextetos, cuartetos, etc.

La sociedad acaba saliendo adelante gracias al mecenazgo privado que tiene por protagonistas a Julio Egusquiza, Ramón de la Sota y Llano, Pedro J. Galíndez y muchos otros desconocidos. Volvemos aquí a poner el acento en la recurrencia de nombres que seguimos encontrando. Basten dos ejemplos: Julio Egusquiza, agente de bolsa y músico aficionado, fue el primer presidente de la Sinfónica, formó parte de la Sociedad Filarmónica y la Asociación de Empresas Artísticas; perteneció también a la Junta Directiva de la Sociedad Coral, siendo además subdirector y profesor de solfeo de esta institución. El conocido naviero nacionalista Ramón de la Sota y Llano fue también socio protector de la Sociedad Coral de Bilbao y del Orfeón Euskeria.

Aunque hemos resaltado las dificultades que tuvo que superar la Sinfónica en esta etapa, debemos hacer hincapié en la importante labor artística que desarrolló, labor que -desde la perspectiva histórica con que la contemplamos hoy- consideramos de gran trascendencia, y por lo tanto de un gran mérito.

Con el inicio de los conciertos de la Sinfónica aumenta considerablemente - sobre todo en variedad y calidad- la oferta musical en Bilbao, que en las dos primeras décadas del siglo no era nada desdeñable: temporadas anuales de zarzuela, alguna de ópera, los conciertos de la Filarmónica (reservados exclusivamente a los socios), los conciertos públicos de la Banda Municipal, los ofrecidos por las sociedades corales de la Villa, sobre todo la Sociedad Coral de

Bilbao, conciertos esporádicos organizados por la iniciativa privada y una actividad musical intensísima en los cafés -que para atraer al público contratan sextetos, cuartetos, solistas...-, sin olvidar la música en los cines, a cargo de agrupaciones de cámara que amenizaban las proyecciones del “cinematógrafo” antes de la llegada del cine sonoro.

A pesar de todo esto, hacía falta llenar una laguna: la de la música sinfónica, dominante en toda Europa desde el siglo anterior; y esta laguna la llenan las orquestas. Tomás Marco, en su *Historia de la Música Española. Siglo XX* (Alianza, 1983), al presentar el panorama de la música española de principios de siglo afirma que “las nuevas orquestas fueron un buen vehículo para los nuevos músicos y para la creación de un público para el que se hacían los conciertos pero al que se daba a conocer mucha más música de la que en principio presumía que le gustaba. Gracias a ello, los grandes autores de los siglos XIX y XX pudieron pasar al repertorio y no estará de más señalar que la venida a España, antes y durante la Primera Guerra Mundial, de los ballets rusos de Diaghilev pusieron en contacto al público español, que acababa de conocer a Beethoven, con Debussy, Stravinsky y otros autores de la última hora de aquel momento. La estancia en Francia de algunos de los principales compositores de entonces permitió propagar la música impresionista que influyó poderosamente en los músicos nacionales, lo que sin duda permitió al público asimilarla antes. Todo ello sin sobresaltos, pero con una vitalidad que cambia en muy pocos años el panorama musical español”.

Estas consideraciones pueden aplicarse sin ninguna duda al caso de Bilbao, que estaba al día de los acontecimientos musicales del momento gracias a la Sociedad Filarmónica y a las visitas de artistas y orquestas extranjeras. Así, cuando nace la Orquesta Sinfónica de Bilbao, tiene un terreno abonado en un público conocedor de la “buena música”, y nos atrevemos a afirmar que bastante buen receptor de las novedades, aunque el gusto mayoritario siguiera bastante aferrado a la tradición romántica alemana. En estos momentos ya no se podía aplicar al público bilbaino lo que Ortega y Gasset afirmaba al comienzo de su “Musicalía” (1917) respecto a la vida de conciertos de Madrid: “El público de los conciertos sigue aplaudiendo frenéticamente a Mendelssohn y continúa siseando a Debussy”. Las referencias que tenemos, aunque sean de unos cuantos años más tarde, son muy otras; tras el concierto ofrecido por la Sinfónica el 22 de enero de 1927, la crítica hacía notar el acierto de la orquesta por “la confección del programa [Ravel, Dukas, Falla y Debussy] donde, si acaso, se notó la falta de un número del grande, del imprescindible Wagner”. Hay que tener en cuenta que en aquellos momentos un concierto sin la presencia de una obra de Beethoven o un fragmento de Wagner era difícilmente concebible.

La actividad concertística llevada a cabo por la orquesta durante estos tres primeros lustros es considerable, teniendo en cuenta las dificultades a que estaba sometida. En el momento de su constitución la Sinfónica se compromete a ofrecer como mínimo seis conciertos públicos por temporada, a los que se añan-

den los contratados por la Filarmónica, por el Ayuntamiento, los conciertos benéficos y los “populares”, organizados desde 1924 con la finalidad de atraer público y poner al alcance de un mayor número de personas la música sinfónica. El número de conciertos por temporada oscila así de 12 (1924-25) a 20 (1930-31), dando una media de 15 por año.

Durante estos años fue muy frecuente, como ya hemos reseñado, la colaboración con la Sociedad Coral de Bilbao, así como con diversos solistas entre los que destacan Arthur Rubinstein, Joseph Szigeti, Jacques Thibaud, Fritz Kreisler, José Cubiles, José Iturbi, Wladimir Horowitz, etc. Queremos destacar el concierto organizado por la Filarmónica el 10 de noviembre de 1928, homenaje a Ravel, en el que participó el propio compositor dirigiendo a la Sinfónica e interpretando al piano varias de sus obras. También el concierto de “música moderna española” dirigido por Ernesto Halffter en 1931, quien dio a conocer varias obras de miembros de la denominada “Generación del 27” o “Generación de la República”: Ernesto y Rodolfo Halffter, Salvador Bacarisse, Gustavo Pittaluga y Federico Elizalde.

Hay que destacar también la participación en los conciertos de la Sinfónica de concertistas locales que inician una brillante carrera, entre ellos los pianistas Clara Bernal (primer premio del Conservatorio en 1925), Víctor Zubizarreta y Aurelio Castrillo; y los violinistas Jenaro Morales (primer premio de violín del Conservatorio Vizcaino de Música), Luis Antón (concertino de la Orquesta Filarmónica de Madrid, había pertenecido a la Sinfónica) y Juan José Vitoria.

La colaboración de la Sociedad Coral de Bilbao con la Sinfónica comienza en 1924, en un concierto organizado por la Sociedad Filarmónica en el que ambas entidades interpretan *La Condenación de Fausto* de Berlioz y la escena religiosa del primer acto de *Parsifal*, actuando como solistas varios orfeonistas. Esto es solamente un inicio de la colaboración entre estas dos entidades, que había resultado fructífera en años anteriores con la antigua Sociedad de Conciertos, especialmente con la Orquesta de la Asociación Musical, y que no volvería a darse hasta unos años más tarde. La “crisis” artística que sufría la Coral desde 1921 y las dificultades económicas de la Sinfónica impidieron organizar conciertos conjuntos hasta 1929. A partir de agosto de ese mismo año la Comisión de Festejos del Ayuntamiento inicia la costumbre de organizar dos o tres conciertos populares sinfónico-corales durante las fiestas de Bilbao contratando a las dos entidades.

También la Filarmónica contrata en algunas ocasiones a las dos entidades. En 1933, además de los conciertos estivales, las dos agrupaciones artísticas, dirigidas por Jesús Arámbarri, participaron en un concierto de temporada de la Sociedad Filarmónica de Bilbao, celebrado el 11 de abril, en el que interpretaron *Las Siete Palabras* de Haydn en su versión de oratorio (desconocida aún en Bilbao). La colaboración se repitió el año siguiente, esta vez estrenando el *Requiem* de Verdi.

El estudio de las obras que interpreta la Sinfónica durante estas dos primeras décadas de actividad, años 20 y 30, es un fiel reflejo de lo que ocurre en la vida musical española de este período. El tardío conocimiento del sinfonismo romántico europeo y el interés por las nuevas tendencias, el afán de “estar al día”, produce una curiosa impresión simultánea de tradicionalismo y modernidad. En los años veinte el wagnerismo está todavía candente; el sinfonismo alemán en su apogeo a nivel de repertorio, de Beethoven a Richard Strauss (Mahler era aún poco conocido en España); la música clásica y barroca se empieza a conocer; y simultáneamente llegan de París las nuevas corrientes de “modernidad” (impresionismo, neoclasicismo, nacionalismos), casi todas ellas ligadas a la capital francesa.

Todo esto lo encontramos en los programas de la Sinfónica. Después de haber llevado a cabo un análisis completo de las obras interpretadas por la Sinfónica desde su constitución en 1922 hasta mayo de 1936, aun teniendo en cuenta las limitaciones de los fríos números, podemos sacar conclusiones de gran interés que resumimos a continuación:

-la voluntad de renovación del repertorio es considerable, con una media de unas 25 obras distintas por año;

-aproximadamente la mitad del repertorio interpretado es contemporáneo (consideramos obras contemporáneas exclusivamente las de los autores vivos aún durante el primer tercio del siglo XX, por lo que no hemos tenido en cuenta una gran parte del repertorio compuesto en los años finales del siglo XIX, perteneciente a autores del último romanticismo como Brahms, Bruckner, Mahler, Saint-Saëns, César Franck, Rimsky-Korsakov, Bizet, Lalo o Chabrier).

-un tercio de los compositores interpretados son españoles, prácticamente todos contemporáneos. Destacan por el número de obras interpretadas Falla y Guridi, seguidos por Sorozábal, Albéniz, Arámbarri y Zubizarreta. Bastantes de ellos son compositores vascos cuyas obras son estrenadas por la Sinfónica.

-gran presencia también de músicos franceses de diversas generaciones y tendencias: dominan las obras de Saint-Saëns y César Franck, pero junto a ellas hay una presencia importante de Debussy y Ravel y de otros compositores franceses como Edouard Lalo, Paul Dukas, Vincent D'Indy o Emmanuel Chabrier.

-muy importante, como es lógico, es el repertorio romántico, conocido y difundido tardíamente y el más apto para las condiciones de una orquesta sinfónica. Se nota sobre todo el peso del sinfonismo alemán (por orden de importancia numérica Wagner, Beethoven, Mendelssohn, Schubert, Weber, Brahms) y de los nacionalismos decimonónicos (especialmente el ruso, con una amplísima presencia de Rimsky-Korsakov y Borodin).

Estos datos revelan la gran labor artística y “educadora” (en palabras de Gortázar) desarrollada por la Orquesta Sinfónica de Bilbao durante el primer tercio del siglo XX.

Podemos aplicar sin duda a Bilbao las palabras con las que Adolfo Salazar abría su libro *La música contemporánea en España* (1930): “el cuarto de siglo transcurrido desde que comenzó el que vamos viviendo ha sido singularmente próspero para la música española”. Sirvan de muestra estas líneas, que han sido únicamente pinceladas de ese gran paisaje sonoro del que continúan llegándonos ecos. Paisaje que vamos recomponiendo y completando con la labor de investigación. El tiempo nos dirá si pasó el tiempo de las “grandes oportunidades”, aprovechadas por un pequeño gran núcleo de aficionados y profesionales audaces y arriesgados, un poco “quijotescos”, que pretendían hacer del Bilbao industrial, mercantil y financiero una ciudad también “musical”; o si, por el contrario, esa iniciativa puesta al servicio de la cultura es un rico legado que nos marca el camino.